HISTORIA

DE

WELINNA.

LEYENDA YUCATECA

POR

DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA

PRESBITERO.

(SEGUNDA EDICION.)



MERIDA DE YUCATAN.

IMP? DE LA REVISTA DE MÉRIDA.

CALLE 2ª DE LOS ROSADOS, NÚMERO 10.

1883.

PROLOGO.

Cuando en nuestra juventud escribimos y publicamos, hace ahora más de veinte años, la pequeña leyenda yucateca que intitulamos "Historia de Welinna," pusímosle al frente con fecha 6 de Diciembre de 1862 la siguiente Advertencia:

"Creemos que á cualquiera de nuestros lectores le será fácil conocer, que sobre las páginas de la historia de nuestra Península, hemos compuesto esta leyenda, á que damos por eso el título de *yucateca;* así como tambien, que la honra de esa religion divinamente humanitaria y civilizadora, por los triunfos adquiridos en este suelo por medio de sus celosos misioneros, y el deseo de excitar en la juventud y en el pueblo cierta noble curiosidad acerca del conocimiento de la historia del país, forman el móvil que ha guiado nuestra pluma en la compaginacion de esta pequeña obra, en cuya parte literaria no llevamos más aspiraciones que las de un simple ensayo, que nos cabe la satisfaccion de dedicar á los apreciables suscritores de nuestro "Repertorio Pintoresco."—

Esto decíamos y ahora añadimos, que ya que el Diario de la Península, ésto es, *La Revista de Mérida*, se digna honrarnos con

una nueva edicion, en su folletin, de nuestra antigua leyenda, quisiéramos ántes haber amplificado ésta y mejorádola, como siempre habíamos deseado; pero graves y contínuas ocupaciones nos lo han venido impidiendo cada vez más, lo cual consignamos aquí como una satisfaccion muy debida. Unicamente hemos hecho, de momento, algunas correcciones y ligeras modificaciones, que creemos mejorarán de algun modo la historieta.

Séanos permitido en esta vez consignar tambien, la expresion de nuestra gratitud por la buena acogida que el público ha dispensado á la misma, al grado de hacerse cada vez mayor solicitud de ella, sin tener existencia alguna de ejemplares.

Cuando la literatura toma entre nosotros su asunto de la historia nacional en la interesante época antigua, ó en la no ménos importante y épica de los dias del descubrimiento y de la conquista, indudablemente se inspira de grande y preciosa fuente; y no puede ménos que interesar con agrado á propios y extraños. De aquí ha procedido, para estímulo de la juventud, el aprecio que de la produccion de nuestra edad juvenil han hecho no solamente nuestros compatriotas, sino tambien los muy ilustres extranjeros que la han conocido y que no se desdeñaron de prodigarnos sus elogios y felicitaciones. A fines de 1865 la leyó con avidez y entusiasmo la desgraciada Emperatriz Carlota Amalia, viuda hoy del no ménos desgraciado Archiduque Maximiliano, é inmediatamente nos honró con sus enhorabuenas, de que fueron testigos el General mexicano Sr. López Uraga y los Embajadores de España y de Bélgica. A este último rogó aquella ilustrada Princesa que hiciese una traduccion de la obrita en francés, para que haciéndose en París una rica edicion, pudiese ser conocida de todo el mundo literario; pero frustróse tan hermoso proyecto, con motivo de la revolucion que derribó al Imperio poco despues.

Si referimos un incidente como éste, que tanto nos lisongea, es porque corresponde, como se ve, á la historia de este opúsculo, y por consiguiente, á la de la literatura yucateca. Por otra parte, sabemos muy bien, que en los corazones generosos y de verdadero patriotismo, no hay cabida para la bajeza ni la malicia de los conceptos, y en fin, que cuando de ciencias y literatura se trata, no hay division odiosa de bandos y partidos.

Al presentar por segunda vez á nuestra "Welinna" al público, necesitamos de la misma indulgencia que veinte años atrás implorábamos al ofrecerla por la primera á nuestros benévolos conciudadanos.

Ella es muy exígua, en verdad, pero cualquiera que no sea peregrino en la historia de Yucatan, comprenderá, á una sola ojeada, que no es más que el plan y la idea de una obra grande, en la cual bajo el interés ameno y palpitante de la leyenda ó novela histórica, se pueden presentar con la más perfecta oportunidad y naturalidad, los más importantes cuadros de la historia antigua, á la vez que del descubrimiento y de la conquista material y moral de la Península yucateca.

Mérida, Mayo 1.° de 1883.



PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

CÓMO LA CONQUISTA ESPAÑOLA IMPIDIÓ EL MATRIMONIO DE LOS JÓVENES INDIOS WELINNA Y YIBAN.

Érase allá á principios del año de 1541 y la Península de Yucatan pasaba por una crísis social, enteramente extraordinaria y desconocida en su historia. Nueva religion, nuevas costumbres, nuevos hombres, nuevas armas de guerra, terribles y funestas invasiones, en una palabra, la accion de la conquista europea sobre la tierra y la raza americanas, hé aquí lo que, con más pujanza que unos cuantos años atrás, se presentaba por aquel tiempo sobre los indios yucatecos ó mayas. Los cacicazgos del Sur y de las costas del Poniente y Norte habían agotado todas sus fuerzas y todos sus recursos en largos años de resistencia, y desmayados por último, huían ó doblegaban la cerviz bajo la planta del orgulloso conquistador, ó bien como el rey Tutul Xiu, resignábanse á una prudente capitulacion, siquiera supiesen que aquel era el comienzo de la esclavitud temida. No así en el interior de la Península, que desde Izamal hasta los remotos confines, escuchábase el sordo rumor de un pueblo fiero y libre, como libres eran los vientos y las aves de sus vírgenes y dilatadas florestas.

Tales eran las circunstancias del país, cuando cierto dia de

Enero, una jóven india, hija de un rico y noble cacique difunto ya, la cual apénas contaba tres lustros de edad, y conocida con el bello nombre de Welinna, (1) hallábase en un lugar poco distante de la régia ciudad de Maní, corte de Tutul Xiu, en el extenso patio de una casa de campo, bajo la sombra amiga de un bosque de altos y frondosos álamos. Acababa de salir de los líquidos cristales de un baño en la deliciosa fuente de un cenote, y ungíase con un perfume de liquidambar de color de rosa. Sus abundantes, negros y largos cabellos ondeaban en dos particiones sobre sus espaldas, cubiertas de una undosa manta blanquisima y fina, realzada con primorosos bordados de matizadas plumas y con la cual estaba con graciosa negligencia sencillamente vestida. El color de su tez, mas bien que blanco, era ligeramente trigueño-rojo, y sus facciones eran notablemente simétricas y hermosas. De la ternilla de su nariz colgaba una piedra de ámbar, y de sus orejas zarcillos de oro con adornos de preciosas perlas; brillando ademas en el nacimiento de sus piernas y en sus torneados brazos adornos del mismo metal. Al travez de los pliegues y aberturas de su ligero vestido, se la veia desde la cintura hasta el cuello graciosamente labrada de exquisitas labores, á excepcion de los pechos, que nunca acostumbraron labrar las indias yucatecas, con esos caprichosos dibujos sobre la misma epidérmis que tan de moda estuvo en los dos sexos.

Mas era de notar, que á la noble y graciosa fisonomía de aquella angelical criatura, no acompañaba el radiante placer de la juventud, y ántes bien deslizábanse de cuando en cuando de sus negros y rasgados ojos, gruesas lágrimas que corriendo sobre sus frescas y redondas mejillas, expresaban la honda pena de su tierno corazon. Sentada sobre las raices salientes de un corpulento álamo, junto á la gruta del bello cenote de que acababa de salir, peinaba y trenzaba sus cabellos; y hablando consigo misma decia:

—¡O justos dioses, cuán desgraciada os habeis dignado hacerme....! Mi padre ha muerto en una de las batallas con que el rey se sostiene contra esas guerras terribles que nos hacen los hombres de *Castelan* (2) (Castilla). ¿Si tambien habrá perecido mi Yiban, el esposo que me ha sido arrebatado ahora quince soles en la víspera misma del ansiado dia de nuestras bodas....?

No bien habia acabado Welinna de pronunciar estas palabras, cuando percibió á lo léjos un jóven que venia alegremente silvando, como quien imita las naturales y variadas notas que gorjea el ruiseñor de la selva. La doncella conoció el aspecto de su amante, y apesgóse el corazon que palpitaba con violencia bajo el pecho, como queriendo salir al encuentro del esperado mancebo. Este llegó por fin; y,

—Yiban! exclamó alborozada la jóven india extendiéndole las manos, después de quince soles que han sido para mí harto lúgubres y tristes, vengo por fin á tener el consuelo de verte!

—Y de saber que pronto nos hemos de volver á ver y unir en dulce himeneo para no separarnos más, le contestó Yiban comprimiendo dulcemente contra su seno las blandas manos que ella le habia alargado.

—Eso quiere decir que ahora mismo te vuelves á ausentar, amigo mio.

—Sí, luz de mis ojos; porque has de saber que los castellanos han asentado sus reales en el centro mismo de T-Hó, (Mérida) y Tutul Xiu nuestro rey ha acordado dejar la guerra, buscar la amistad de los blancos y confederarse con ellos para pacificar toda la Península, de modo que adunados con ellos á manera de aliados y amigos, no nos consideren y traten como á sus esclavos. Esta política, Welinna, ha parecido necesaria por ser la única prudente en tan críticas circunstancias, puesto que el triunfo de los extranjeros es ya de todo punto inevitable. Y á más de esto, el rey quiere hacer un serio estudio de la religion de esos hombres extraños, por no sé qué dudas engendradas en su espíritu por la atenta lectura de los libros proféticos de Chilam Balam (3).

—Segun eso, contestó afligida Welinna, la paz se arreglará por nuestra parte; pero la guerra continuará con las provincias del interior. Y Tutul Xiu, como aliado, quedará sujeto con sus guerreros á las órdenes del caudillo blanco, quien los enviará á la lucha. Tú, pues, partirás: ¡partirás, Yiban! y ¡ay de mí! los justos dioses saben si he de volver á verte......

Cuando la jóven dijo estas últimas frases, las lágrimas habian saltado de sus hermosos y negros ojos; retorcia entre sus manos sus sueltos cabellos, y lleno su amante de ternura enjuga-

ba las que tenia por líquidas perlas cayendo hasta el suelo; y consolándola la decia:

—Los dioses inmortales se apiadarán de nuestras cuitas, y bien pronto, Welinna, nuestro interrumpido himeneo se llevará á cabo, y vivirémos felices y tranquilos á la proteccion de nuestros Penates. Si nuestro mútuo amor es el elemento de nuestras almas, si yo vivo para tí y tú para mí, ¿cómo en la ausencia la esperanza no ha de darnos alientos suficientes para estar preparados á la próxima felicidad....? Pero los deberes del honor, añadió el noble jóven, me llaman en pos de los del amor. Corazon mio, Welinna de mi alma, forzoso es que nos separemos; me ausento ya.... Esta noche debo partir en compañía del rey, que, como te he dicho, va á conferenciar con los hombres de *Castelan*, en cuya compañía estarémos algunas semanas.

Los dos amantes se separaron, entrando Welinna en una habitacion cercana, en que estaba su anciana madre la noble Ixná, recientemente viuda, y dirigiéndose Yiban al palacio de Tutul Xiu para prepararse á emprender viaje al campamento de los españoles.

CAPITULO II.

EL JÓVEN INDIO EN EL CAMPAMENTO ESPAÑOL.

En el mismo lugar en que hoy vemos la plaza mayor de Mérida hallábase en el año de la conquista (1541), un gran cerro ó cuyo (4) en que el ejército conquistador asentó sus reales, resuelto á no abandonarlo hasta haber fundado la ciudad de Mérida en torno del cerro, tomando del mismo las piedras necesarias para la fábrica de las casas, de modo que llegándose á bajar y allanar completamente, viniese á formar la plaza central de la nueva ciudad, tal cual hoy la vemos.

Érase, pues, el 23 de Enero de aquel año, cuando los españoles despues de las acciones de Tixpeual y Tixkokob, hallándose tranquilamente acampados en la altura que se ha dicho, percibieron que se les acercaba una multitud de indios en ademan

grave y tranquilo, é inciertos de lo que aquello podia significar, preparáronse como para un combate, reforzando todos los puntos de peligro: miéntras tanto, los indios sin curarse de nada, iban aproximándose hasta las faldas mismas del cerro. Era Tutul Xiu, rey de Maní, que venia con su comitiva á entrar en tratados con los blancos, y toda aquella multitud era compuesta de los magnates de su córte, sacerdotes, batabes ó caciques, ministros y capitanes, que precedidos de tres oficiales del Estado con largas varas en las manos, venian acompañando el régio palanquin de pintada y bruñida madera, que sobre los hombros de cuatro nobles se sostenia, llevando encima un dosel de vistoso plumaje, en que estaba como engastado el coronado indio. Detuviéronse al llegar, y Tutul Xiu bajóse del dosel apoyándose en los brazos de dos caciques. Sería entónces como de cuarenta años, y su presencia era agradablemente majestuosa y noble. El color de su tez ligeramente cobrizo, la barba escasa y sus cabellos negros y lacios. Estaba coronado con un penacho de altas y hermosas plumas, y vestia una ancha capa cuadrada, tejida del más fino y blanco algodon, bordada de primoroso mosaico, y apénas pendiente de su cuello por un nudo sujeto en un anillo de oro. Llevaba sandálias en los piés, brazaletes de oro en los desnudos brazos y piernas, zarcillos del mismo metal en las orejas y en la ternilla de la nariz, y por último, desde la cintura hasta los muslos cubríase con un limpio ceñidor, cuyos dos extremos bordados con igual primor que la tilma ó capa, caian uno por delante, y otro por detrás; miéntras que en la parte superior ofrecíase á la vista el ancho pecho cubierto de dibujos simbólicos grabados en la piel. Llevaba además pendiente sobre la espalda un carcaj lleno de flechas, cuyos extremos sesgados con gracia, asomaban hasta la altura de la cabeza; un arco en la diestra, y colgando del cinto una daga ó puñal de brillante obsidiana y una espada de pedernales cortantes. Aproximóse al pié del cerro, y arrojando en tierra sus flechas y su arco, juntó y levantó las manos como significando que venia de paz. Al mismo tiempo todos los indios de la comitiva arrojaron á su vez sus armas, y encorvándose tocaron la tierra con los dedos, que llevaron á los labios al enderezarse. Hecho esto, empezaron á trepar por la falda del cerro, y entónces el caudillo español D. Francisco de Montejo, que ob-

servando estaba toda aquella ceremonia, viendo que aquel era un personaje de alta distincion y que venia de paz, alegróse en gran manera y salióle al encuentro. Al juntarse hiciéronse una mútua inclinacion, y el general español con semblante afable y obsequioso tomó al rey indio de la mano, y condújole hasta su estancia, en unos aposentos construidos junto al adoratorio principal de que era base el cerro. Mediaron los mismos cumplidos entre los otros españoles y demás magnates mayas, y despues de haberse hecho mútuos presentes, Tutul Xiu declaró su voluntad de permanecer con los castellanos por espacio de algunas semanas, y arreglar un tratado de amistad y de alianza. Declaró en fin, que él casi se sentia con inspiraciones de ser cristiano, en virtud de ciertos pronósticos y augurios de los Oráculos, y que por lo mismo, deseaba conocer su religion y ver por de pronto algunas de sus prácticas. Con tal motivo, hízose en aquel mismo dia una solemnísima adoracion de la Santa Cruz, y atento Xiu iba imitando cuanto hacian los cristianos, hasta llegar arrodillado á besar con grandes muestras de satisfaccion y alegría el estandarte de la religion del Crucificado [5.]

No nos detendrémos ahora en referir los pormenores de las várias conferencias que el monarca yucateco tuvo con el general extranjero; bastando decir que en sesenta dias que en su compañía se halló, se hizo su íntimo amigo, y creyó conveniente sujetarse á los proyectos de la conquista española, despues de haberla resistido heróicamente por veinticuatro años, á contar desde 1517. en que se verificó el descubrimiento y en que comenzó aquella guerra que parecia no tener fin.

Hemos dicho que una comitiva de distinguidos personajes acompañaba á Tutul Xiu en esta visita, y ya el lector habrá comprendido, por lo que dijimos en el primer capítulo, que Yiban estaba en ella. En efecto: este jóven indio se distinguia entre los nobles de su nacion, no sólo por su gentil presencia y mirada viva é insinuante, sino tambien por su moderacion y por sus maneras, que al punto indicaban un hombre de recomendables prendas. Mucho llamaron la atencion del jóven Yiban las prácticas del culto cristiano, y sobre todo, cuando se celebraba el augusto sacrificio de la misa ante un Crucifijo y una bellísima estátua de la Vírgen María, casi se sentia obligado á encomendar su queri-

da Welinna á la proteccion de aquella Vírgen del culto extranjero. El capellan del pequeño ejército conquistador era el padre Francisco Hernández, clérigo secular cuya amistad especialmente procuró Yiban cultivar. En pocas semanas estos nuevos amigos casi ya se comprendian sin mayor dificultad, hablando como idioma de su amistad, un lenguaje compuesto á un tiempo de voces castellanas y mayas. El padre Hernández encontraba en su jóven amigo talento, formalidad, discrecion y sinceridad; y aunque no fuese un elocuente misionero sino un capellan de tropa, afanábase sin embargo con ardiente celo por conquistar á la fé una alma en que encontraba las más felices disposiciones.

Una noche, sentados los dos á la clara luz de una hermosa y trasparente luna, sobre un banco de piedra calcárea á las faldas del cerro, en frente de las majestuosas ruinas de los edificios de T-Hó, edificios que traian á la memoria de los castellanos los de Mérida de España, lo que motivó que dieran este nombre á la ciudad india, [6] Yiban habló así al sacerdote español:

—Mucho he conocido tu empeño, oh capellan, en que yo deje mis creencias abrazando las tuyas. Acaso llegue un dia en que tal cosa haga; porque has de saber que mi padre, que era un adivino y un sabio, me enseñó que adorase solo en público á nuestros dioses para no causar escándalo á la multitud, pero que en privado, sólo eleve mis preces á un Dios desconocido, criador del cielo y de la tierra. Tú ahora me has hablado mucho de este Dios único, y puedo asegurarte que á mi padre le oí algunos rasgos de los grandes misterios que ahora me revelas.

—Entónces amigo mio, contestó el capellan, ¿qué te detiene? ¿Por qué no has de abrazar la verdad que tan de bulto se te pone ante los ojos?

—Tengo, contestó Yiban, un poderoso motivo: has de saber que en el número de nuestros dioses hay uno, Ah-kin-xoc (7), que se titula del amor: y como yo amo á la preciosa Welinna, temo en gran manera las consecuencias de la indignacion de este dios si claudico de mis antiguas creencias.

—¡Qué, exclamó el padre Hernández, y porque oyes que los cristianos no reconocemos más que un Dios solo, crees que son superiores á nuestra teología divina las teogonías de los que admiten multitud de dioses! Sábete, amigo mio, que la verdad es

una y Dios tambien uno. El Dios á quien yo adoro es y ha sido siempre tu Dios áun cuando jamás le reconocieras. Sábete que tus dioses no son ni han podido ser nunca más que mentidas deidades, que no tienen poder para dañarte ni para hacerte favores: harto lo sabes ya, y solo la fuerza de tus antiguas preocupaciones, y el fuego ardiente de un amor de que te has dejado arrebatar, que calcina tu corazon y ciega tu inteligencia, es lo que te ha podido endurecer en tal grado, que resistes una verdad que palpas. Pero la verdad triunfará de tí con tu buen sentido, arrancándote ya un pronto y rendido asentimiento. Dices que amas, y que tienes por lo mismo una particular devocion al dios del amor cuyo culto temes dejar. ¡Ay, hijo mio! si supieras que el Dios verdadero es el Dios infinito y poderoso, que autor como es de este corazon humano, que nosotros mismos no comprendemos por más que le sintamos palpitar bajo nuestro pecho, él solo es quien puede satisfacerle dándole quietud y descanso: si esto supieras digo, ese amor que ahora te detiene, ese mismo amor, Yiban, te habria hecho empaparte en los misterios del cristianismo, y purificarias tu amor en el seno del verdadero Dios del amor, Dios de la caridad; avergonzándote de haber rendido tus homenajes al mentido dios de un amor degenerado y corrompido! En una palabra; entónces sería cuando empezases á gozar de las dulcísimas emociones de un amor casto y puro, consagrado en Dios á una criatura, que él mismo te habria dado santificando tu union con ella.

Dicho esto, el capellan pasó á referirle, ó mas bien á repetirle por tercera ó cuarta ocasion con elocuente sencillez, la creacion del primer hombre y de la primera mujer, el lazo del matrimonio con que el mismo Dios los unió, su caida, y la promesa de un Redentor, y el cumplimiento de esta promesa, viniendo el Hijo de Dios á redimir al humano linaje, instituyendo la Iglesia, y en ella los sacramentos en cuyo número elevó el matrimonio.

Cuando el Padre Hernández acabó su discurso, Yiban que habia prestado el mas dócil y atento oido, y habia experimentado con un gozo inefable, por él jamás probado hasta entónces, la dulce y poderosa influencia de la Divina Gracia, ya queria que inmediatamente se derramasen sobre su frente las aguas regeneradoras del bautismo. Pero su nuevo amigo y su nuevo maestro

le dijo, que era preciso aguardar á que su instruccion fuese más sólida, su fé más segura, y su resolucion más profundamente meditada. Con esto, el capellan atizó más y más los nacientes deseos del jóven catecúmeno, que lleno de alborozo decia:

—Mi Welinna ha de ser tambien cristiana, y yo la tomaré por esposa en nombre de N. S. Jesucristo.

Esto decia cuando el lucero de la mañana estaba al ocultarse, y escucharon al mismo tiempo la órden de reunirse. Era que Tutul Xiu iba á separarse del campamento para regresar á su corte.

CAPITULO III.

WELINNA SE RESISTE Á DEJAR LOS DIOSES YUCATECOS.

En aquel frondoso bosque de álamos cerca de la corte de Maní, en que sorprendimos á Welinna entregada al llanto, vamos ahora de nuevo á encontrarla en otra escena, no ménos interesante y consecuente á la primera.

Sobre un extenso cuadro de robles, tamarindos y palmas, el hermoso disco del sol empezaba á asomar la encendida frente, cuando Yiban enjugándose el sudor del rostro se le presenta á su querida Welinna, quien desde muy temprano habia salido á aguardarle, mezclando, entre tanto, los cánticos de sus querellas con el torrente de dulcísima armonía con que los alados cantores del bosque saludaban el nacimiento del dia, en aquella hermosa estacion del año en este suelo tropical:

—Y bien, querido mio, exclamó la jóven india al acercársele el mancebo; junto con el placer de verte, me traes el feliz anuncio de próximas dichas?

—Te las traigo, dulce bien mio, contestó el jóven, te las traigo, sol de mis ojos; porque has de saber que la guerra se ha concluido. El rey ha celebrado pacto de amistad y de alianza con los hombres de *Castelan:* les ha ofrecido influir en los caciques sufragáneos para que tambien depongan las armas, y por último, ha prometido enviar una embajada al rey Nachi Cocom (8), en el interior de la Península, para procurar que deje la ac-

titud hostil en que se mantiene, y se haga amigo nuestro y de los blancos. Los embajadores acaban de ser nombrados: son trece, y van á partir á Sotuta, la corte de los Cocomes. Así, pues, ya por ahora tenemos tiempo de arreglar de nuevo nuestras interrumpidas bodas á la sombra benéfica de la paz. ¡Ah, te acuerdas de aquel aciago dia, víspera de nuestro dulce himeneo, en que fuí violentamente llamado á las armas para ir por primera vez al campo de batalla? Llorabas como tierna amante; pero al mismo tiempo me decias con heróico patriotismo: "Parte, amigo mio, parte á luchar con esos hombres blancos y barbados que atacan el culto de nuestros dioses inmortales, y nuestras libertades patrias. Lucha, me añadiste, lucha, que Kukulcan [9] te sacará con bien, y regresarás pronto á mi lado." Con estas tus palabras, grabadas en mi corazon, partí á la lid. Este pedernal cortante que llevo siempre conmigo, vengó por cierto nuestro honor ultrajado; pero la suerte nos fué adversa, y entónces tuvimos que huir para no someternos á la esclavitud. Mas ahora, Welinna, se ha arreglado la paz, como te llevo dicho. Además de esto, Tutul Xiu quiere ser cristiano, y yo pienso hacer lo mismo. Creo, pues, amada mia, que el ministro de nuestras bodas no será el de Ah-kin-xoc sino el de Jesus Crucificado.

No bien habia acabado Yiban de proferir estas frases, cuando Welinna, entre dudosa y escandalizada por la apostasía de su jóven amante, dió un paso hácia atrás, exclamando al mismo tiempo:

—¡Por los dioses, Yiban, que yo no comprendo qué lenguaje es ese! ¿Dices que abandonemos el culto de nuestros dioses para abrazar el de los extraños, el de los enemigos de nuestra religion y de nuestra patria....?

—No te escandalices así, vida mia, interrumpió el jóven indio, sabes cuánto te amo, sabes cuánta es la sinceridad de mis afectos hácia tí, y debes por lo mismo estar segura, de que todo cuanto te digo está bien meditado, que es para nuestro bien, y que todo ha de ser muy racional y justo.

—Es verdad: yo confio en tı; pero, bien mio, ¡eso de abandonar á los antiguos dioses....! Ah! yo habia conocido en tí muy poca aficion á las prácticas del culto; y ahora no dudo que por eso los dioses se han indignado contra nosotros y han impe-

dido nuestro enlace. Si claudicamos, su indignacion crecera de punto, y lanzarán sobre nosotros sus justos é inevitables rayos.

—Welinna, voy en estos dias á comunicarte la nueva instruccion que yo mismo acabo de adquirir; previniéndote que nos desposarémos llenos de indecible placer siendo cristianos. El sacerdote de los blancos es ya amigo mio: cuento con su caridad y con su ciencia. Si le oyeras. Welinna mia, si le oyeras! Si asistieras á una misa que es el gran sacrificio cristiano, si vieras, en fin, una estátua de la vírgen María! ¡Welinna, cuando yo contemplaba á esa Vírgen, *creacion purísima del cristianismo*, segun me decia el capellan, ¡qué presente te tenia yo para recomendarte á su proteccion! En fin, amiga mia, no sé qué consoladores presentimientos abrigo, desde entónces en mi espíritu, de que no nos desposarémos sino junto á los altares de Maria . . . .

Estas palabras pronunciadas con un acento de amor á la vez que de conviccion y de sinceridad, no ménos que de sublime sencillez, enternecieron á la doncella idólatra, que contestó á su amante:

—Bien: á tí te toca instruirme; pero lo que es ahora, yo te digo, que mi corazon se horroriza al solo pensamiento de apostasía, y de que de un rato á otro el rayo de Ah-kin-xoc puede caer sobre tu cabeza.

—Nada temas, y separémonos por hoy: pronto estaré á tu lado para continuar nuestras pláticas.

—Aquí mismo te aguardo, y no te dilates mucho por nuestro amor.

Los dos amantes se separaron por entónces para volver á juntarse en aquel mismo sitio; y por el curso de algun tiempo, estas entrevistas se sucedieron las unas á las otras, con la harta frecuencia que siempre procuran los amantes. Yiban entre tanto, hacia plausibles esfuerzos por catequizar á su futura esposa.

La jóven por su parte solo contaba con los sentimientos de su corazon connaturalizado con el culto de los dioses de sus padres, miéntras que en oposicion á éstos, escuchaba el persuasivo acento de un amante que le ponia á la vista tantas y tales razones, que no sabiendo qué objetar á ellas, tenia que apelar á solo esos mismos sentimientos de su corazon pagano, para no abandonar á los dioses yucatecos.

CAPITULO IV.

WELINNA TEME POR LA SUERTE DE YIBAN, PORQUE ÉSTE ABANDONA A LOS DIOSES PATRIOS.

DESPUES de algunos meses, y cuando Yiban casi estaba al triunfar del corazon y de la conciencia de su amada inclinándola á que ambos á dos abrazasen el culto católico; helando los corazones de pavor, llega la funesta nueva de que los embajadores de Tutul Xiu en Sotuta habian sido horriblemente asesinados, y que un ejército de cuarenta mil combatientes, de todas las provincias desde Izamal hasta los remotos confines de la Península, venian bajo los terribles Cocomes y Kupules á expeler del territorio maya á los audaces conquistadores, y castigar severamente á los naturales que se les habian aliado. En consecuencia, pues, de semejante nueva, los españoles debian prepararse á resistir el temido choque de tan numerosas y atrevidas huestes, y los súbditos de Tutul Xiu y de los otros señores de las provincias cercanas, que habian dado obediencia á D. Francisco de Montejo, tuvieron qué armarse de su aljaba y de su arco para pelear en favor de la conquista española.

Welinna, por esto, entregada al dolor y á la desesperacion, entre amorosa y severa reconvenia á Yiban diciéndole:

—Ve ahora, incauto, lo que yo te decia. La indignacion de los justos dioses cae sobre nosotros; porque al ver tu resolucion de abandonar su culto abrazando el de los extranjeros, nos han abandonado á merced de los malos génios. Yiban! Yiban! tú vás á tomar las armas no ya para luchar en favor de nuestros dioses y de nuestra patria....!

—Muy equivocada estás, Welinna mia, en lo segundo, dijo Yiban echándose encima su arco y su carcaj lleno de grandes y agudas flechas. Porque los Cocomes y Kupules han hollado la dignidad del rey de Maní asesinando infamemente á sus indefensos embajadores (8). Tócanos, pues, ahora la venganza, y

siendo como somos aliados de los blancos, nuestras armas se juntarán con las suyas, y, no lo dudes, el triunfo será nuestro, porque luchamos por la justicia y por la patria.

—Pero ¿quién te protejerá en los campos de batalla si enemigo de los dioses eres ya aborrecido de ellos?

—Los dioses son impotentes, y el Dios de los cristianos, que es el Dios verdadero, me protejerá.

Dicho esto, el jóven guerrero estrechó tiernamente á su prometida esposa, despidiéndose de ella para marchar al campamento de los blancos y pelear por la dignidad de su patria, y en contra de los dioses y de los enemigos del Dios verdadero. Welinna quedóse atravesado su corazon de dolor, ofreciendo sacrificios de desagravio á los dioses; pidiéndoles que perdonasen á Yiban su imprudencia, que le cubriesen bajo su poderosa egida, y que tocándole el corazon y abriéndole los ojos, le hiciesen volver sobre sí.

CAPITULO V.

Gran batalla que decide la conquista y en que Yiban cae prisionero.

Eran las altas horas de la noche del diez de junio de 1541 cuando semejando el movimiento de las agitadas aguas del mar, veníase aproximando á T-Hó el numeroso ejército de las provincias unidas de Izamal, Sotuta, Zaquí y otras.

El general español al frente de sus valientes soldados y de muchísimos indios aliados, despues de invocar con públicas preces los auxilios del cielo, aprestóse al combate. Las tropas conquistadoras consistian en mas de veinte mil indios lanceros, honderos y arqueros; y en trescientos españoles que se dividian en cien caballos y doscientos infantes con arcabuces, escopetas, ballestas, espadas y rodelas.

Cuando el sol naciente lanzó su primer rayo al travez de los pliegues de una vistosa faja de nubes en el Oriente, los bravos mayas que habian como por encanto rodeado á los españoles

con multitud de atrincheramientos, lanzaron un gran grito, grito general, espantoso y terrible, como grito que era de cuarenta mil guerreros que al són marcial del tunkul (11), del caracol marino, y de la concha de tortuga tocada con el asta ramosa del ciervo, extremecia hasta los profundos cimientos de la tierra. La presencia de aquellos orgullosos combatientes que habian como brotado de las selvas, era una multitud compacta de hombres que para hacerse más espantosos y feroces, estaban cubiertos con armaduras que representaban jabalíes, tigres y otras fieras; y pintandos ademas sus cuerpos de negro, amarillo y vivísimo encarñado: sus cabezas estaban coronadas con altos penachos de vistosas plumas, y armados de arcos y flechas, de lanzas y escudos, de pedernales cortantes á manera de espadas; de hondas y piedras, y formidables mazas.

Como en un dia de tempestad cae el granizo en un campo, así una lluvia de silbadoras flechas lanzadas sobre los españolas vino á avisarles que ya el combate era comenzado: las piedras de las hondas vinieron en pos, y entónces los europeos arrojaron en detonacion tremenda y semejante al fragor del trueno, los fuegos mortales de sus potentes armas. Bien pronto la lucha se encarniza cruzándose el acero con el pedernal, y el arcabuz con la flecha. ¡Qué dia de horror y de lástimas! Como el estruendo del océano cuando azota furioso sus playas con el desencadenado torbellino que rugiendo sale de la profundidad de sus abismos: ó como dos máquinas de vapor que en su funesto encuentro sobre los carriles se chocan en horrísono crugir y se quebrantan en lamentable destruccion, así el caudillo maya y el conquistador europeo juntan y chocan sus ejércitos; ambos á dos luchando con denuedo y brío, uno por conservar su honor y su expuesta vida, otro por defender su libertad y el culto de sus antiguos dioses. Llega el sol á la mitad de su carrera y asesta á su vez sobre los contendientes los rayos más ardorosos que lanzar acostumbra sobre las regiones tropicales. La sangre en tanto corre por el suelo á torrentes, sobrenadando en ella restos palpitantes de los infortunados guerreros, de entre los cuales unos fenecen bajo el golpe de la pesada maza, que hace rodar por el suelo su despedazado cráneo exparciendo aquí y allí ensangrentados sesos; otros que ven encogerse el arco y sienten al exten-

derse que la enemiga flecha lleva consigo al término de su carrera las últimas ilusiones de su vida, otros en fin, que alcanzan á ver el resplandor del supuesto rayo de los dioses en las manos de los mortales, y su detonacion viene á estallar rompiendo el hilo de su existencia.

Un polvo rojizo mezclado con el espeso humo del fuego forma un lúgubre pabellon sobre el abrasado ambiente en que miles de hombres exponen sus vidas arrebatados sus corazones de furor, brotando llamas por los ojos, apretando las armas entre sus convulsas manos, y tropezando á cada paso con tristes montones de cadáveres.

Indecisa habria quedado por aquel dia la victoria, si los au, xilios de lo alto no hubiesen venido á los guerreros cristianos- cuya caballería para desconcertar las columnas enemigas, arrojóse precipitadamente sobre ellas. Los fogosos caballos de la raza árabe, altivos y ufanos como si comprendiesen que en el Nuevo Mundo habia salvajes que los creian mónstruos identificados con sus respectivos ginetes y que eran destinados para su exterminio por los dioses de los truenos, ora levantan ansiosos la abrasada nariz, ora la bajan para golpear el inflamado pecho con la espumante boca; y sacudiendo con orgullo la crin flotante y poblando el aire con su marcial relincho, corren veloces sobre los mayas, quienes más ilustrados que otros pueblos americanos, no solo distinguen al ginete de la bestia en que cabalga, sino que saben herir de muerte á entrambos con un solo golpe. Pero á tan irresistible empuje, decídese en un instante el triunfo por los españoles. No obstante, los indios hacen prodigios de valor, pues resisten de tal suerte el primer choque de la caballería, que al golpe de sus hachas y lanzas derriban seis caballos en tierra, pérdida enorme para los blancos, si se atiende lo reducido de su ejército. Más la suerte les es yá claramente adversa, y si bien es cierto que con su multitud reparan luégo las faltas de los innumerables heridos y muertos que caen bajo las armas enemigas, no de otro modo que cuando el trigo cae bajo la hoz cortante del infatigable segador; la superioridad de las armas europeas, de aquellos arcabuces y escopetas que vomitan fuegos mortales, les desalienta, les confunde y les pone en precipitada fuga por todas direcciones, miéntras que los conquistadores victoriosos corren

en su persecucion hasta que desaparecen en la espesura de las dilatadas florestas del bosque. Con esta grande y célebre batalla quedó para siempre decidida la conquista de Yucatan por los españoles.

Era yá la hora avanzada del crepúsculo vespertino, pues ya las sombras de la noche venian con su presencia á dar un carácter más sombrío y más lúgubre á los espectros sangrientos de aquel campo de batalla, cuando hácia el extremo de un camino, separados de los demás, se veian como dos fantasmas á dos hombres mayas, luchar personalmente: ya se aparta el uno del otro, ya se envisten y acometen con ardimiento y rabia, ya se entrelazan, se bajan y vuelven á levantar y á separarse; ya, en fin, se acometen de nuevo y se aferran con más fuerza, bien así como dos serpientes que cuando luchan se retuerce la una en la otra, ó como la yedra se estrecha y adhiere en torno del duro y nudoso tronco á cuyo pié ha nacido. De estos dos hombres uno pertenecia á los aliados de los blancos y el otro era de las columnas independientes del Oriente. El primero era un jóven de gallarda presencia, de ojos grandes y vivos, que en quellos momentos centelleaban como los del leon en la campiña; y el otro un hombre feroz y adusto, alto y de hercúleas fuerzas. El indio aliado era Yiban, el amante de Welinna, cuyo arrojo al tiempo mismo que la caballería española caia sobre sus enemigos, le habia conducido á aquella lid peligrosa en un lugar expuesto y casi rodeado de solo contrarios; de modo que él personalmente estaba en peligro de sucumbir, al mismo tiempo que triunfando estaba la causa por la que tan inconsideradamente exponia su vida en aquellos raptos de marcial encono.

Así fué.

Porque cuando perdidos los indios orientales echaron á correr por los bosques, Yiban fué arrebatado y conducido prisionero por aquellos mismos que derrotados corrian. Ni podia ser esto extraño, puesto que el audaz Yiban se habia puesto á luchar precisamente con un guerrero atlético perteneciente á la seccion del ejército de Cocom, cuyo deber exclusivo en la guerra era hacer prisioneros para los sacrificios que acostumbraban ofrecer á sus dioses despues de cada accion, y á merced de cuyos servicios no era raro que aun perdiendo se retirasen con algun núme-

ro de prisioneros. Verdad es que Yiban habia conocido con quién se las tenia, y que habia confiado en su valor y en la destreza de su brazo en el manejo del pedernal cortante, no ménos que en el conocido triunfo de los de su parte; pero olvidó que en la confusion de la fuga misma, la seccion toda de aprisionadores le caeria infamemente encima, le echaria al cuello y á los piés el funesto lazo, y deberia correr al paso precipitado de sus contrarios, ó dejarse arrastrar suicidándose. Yiban al conocer su temeraria imprudencia cuando el mal no tenia remedio, resignóse tan paciente y sufrido entre sus cadenas como audaz y valiente habia sido en la lucha.

Solo le afligia profundamente al corazon el pensar que iba á morir sacrificado ante las aras de un falso dios, y ántes de haber recibido el bautismo del Dios verdadero en cuyo nombre y ante cuyos altares debia tomar por esposa á la tierna Welinna.

A estos tristes y desgarradores pensamientos Yiban sentia partírsele el corazon de dolor, aumentándose más y más su honda pena al considerar que su Welinna, acaso moriria de afliccion en sabiendo la noticia de que el ejército de los blancos y de los aliados habia regresado sin él del campo de batalla.

De la misma suerte que Yiban, cayeron prisioneros algunos españoles é indios hasta el número de diez, todos destinados para ser víctimas ante Kukulcan, el implacable dios de la guerra.

CAPITULO VI.

EN QUE SE VE EL DOLOR Y DESESPERACION DE WELINNA POR LA PERDIDA DE YIBAN.

LLENOS de extraordinaria alegría los españoles celebraban el triunfo decisivo de la conquista (12), no teniendo que deplorar más que la suerte de los pocos que habian caido muertos ó prisioneros.

Pero la desventurada Welinna, que á la sazon habia venido con su anciana madre al campamento español, cuando supo el

triste fin que á su adorado Yiban habia cabido, un torbellino de amargo dolor inundó su alma; y la sangre toda de sus venas corrió á concentrarse en aquel corazon que acaso iba á palpitar por última vez. Lánguidos los ojos y cubierto todo el semblante de una palidez mortal, los labios balbucientes pronunciaron apénas, y como en expresion de agonía, el nombre de Yiban, y la pobre doncella cayó desfallecida en brazos de su anciana madre, que profundamente conmovida la estrechaba contra su seno, y derramaba sobre ella abundantes lágrimas. Unos cuantos momentos despues, un indio médico ó yerbatero, avisado sin duda de antemano, vino presuroso, tocóle el corazon y aplicóle al sentido del olfato una yerba, cuyo zumo exprimido entre los dedos aspiró la enferma, que al punto abrió los ojos, exhaló un quejido, apesgóse el corazon, y sus bellos ojos convirtiéronse en dos fuentes, de que corrian arroyos de amargo llanto.

—Llora, hija mia, llora, le decia la afligida madre, que el llanto debe serte favorable. Descarga en lluvia de lágrimas las fatídicas nubes que pesan sobre tu corazon. Confia, hija, en el poder de los justos dioses, que ellos te salvarán.

—Los dioses! exclamó la inconsolable jóven, los dioses se complacen en alejar de mí al que osó abandonar el culto de ellos y abrazó el del Dios de los extranjeros........

—¡Pero ese Dios de los extranjeros, interumpió una voz desconocida, imponente y sonora, ¡ese Dios de los extranjeros es muy poderoso para restituirte al hombre que ha prometido tomarte por esposa ante sus sagrados altares!

Aquella voz desconocida, era la del padre Hernández, el capellan del ejército conquistador, el maestro, confidente y amigo del amante de Welinna, que sabedor de lo que habia ocurrido, corrió á dar consuelos á la novia de su catecúmeno y amigo.

—Es imposible, replicó Welinna, fijando los ojos en el capellan, es imposible, porque el hombre á quien Kukulcan destina para ser víctima agradable sobre sus aras, ¿quién será el mortal que se atreva á quitársela? Si redimirlo pudiera tu Dios, por cuya causa ha caido prisionero, yo le adoraría; mas siendo esto imposible, porque no hay otro Dios más poderoso que el de la guerra, no le adoro sino le maldigo....! Sí, óyelo bien, yo mal-

digo á tu Dios....! ¡O justos dioses de mi patria! no me queda más recurso que ofrecerme yo misma en sacrificio sobre vuestras aras....

—No blasfemes así, pobre doncella. Ese único Dios á quien sin conocer maldices y que es el Dios verdadero que te crió de la nada y te redimió de las tinieblas del mal, está pronto á perdonarte esas palabras con que le ofendes sin saber lo que dices: pero dime, pobre Welinna, me prometes arrepentirte y adorarlo á él solo, si te devuelve á Yiban?

—Sí, lo imposible, por lo imposible, yo te lo prometo: contestó la jóven con malicioso enfado, al mismo tiempo que su vista inquieta y vagarosa causaba terror á la vez que lástima.

—Basta, consuélate por hoy, tranquilízate, y sabe que yo amo tiernamente á tu prometido esposo, y voy por lo mismo á rogar por él y por tí.

Y el sacerdote se ausentó, conociendo por entónces que aquel sería el proceder más prudente; porque presa como era la jóven en aquel momento de un vértigo fatal, no era aquella la ocasion más oportuna de prodigarle los consuelos que la religion dispensa á solo sus fieles hijos.

Así que Welinna recobró despues de algunas horas el uso completo de su razon y de sus sentidos, libre ya de la postracion mortal á que de pronto le habia conducido la primera impresion de su desgracia con la noticia infausta de la pérdida del jóven guerrero, en cuyo corazon tenia como vaciado el suyo, rogó á su madre que fuesen al territorio de los Cocomes para solicitar allí qué fin hubiese tenido el desgraciado Yiban.

—Si sus cenizas están ya en el sepulcro, decia Welinna enjugando sus lágrimas y volviendo á humedecerse con ellas, yo tambien me reduciré á cenizas para mezclarlas con las suyas en el seno de la tumba. Si aun no ha sido sacrificado, el cuchillo sagrado herirá los pechos de entrambos y nuestra sangre humeante correrá en dos arroyos, que juntándose luégo vendrán á formar una sola corriente ante los ojos de los excelsos dioses.

Prestóse la anciana á los ruegos de su hija; porque esclava de sus preocupaciones, discurria que quien se opone á la voluntad del que siente inspiracion de sacrificarse á los dioses, comete una falta imperdonable en el tiempo, y en la eternidad. Asi, á

pesar del dolor que los padres debian sentir á vista del sacrificio de sus hijos, debian reirse y celebrar con estrepitosa algazara el *feliz* instante en que la víctima espiraba bajo el golpe funesto del cuchillo sagrado. ¡Tanto así eran subyugadas la voluntad y la inteligencia de aquellas gentes por su fanatismo pagano!

CAPITULO VII.

YIBAN SOBRE LA PIEDRA DE LOS SACRIFICIOS.

TRES dias despues de la gran batalla del once de Junio, hallábanse reunidos en Izamal los restos del derrotado ejército del rey Nachi-Cocom. Izamal era entónces una de las más grandes y poderosas ciudades mayas, como se revela áun hoy dia por esos colosales y majestuosos monumentos á cuya vista un moderno viajero, Mr. Stephens, ha dicho, que "proclamando están el poder de las generaciones que los han levantado, destinándolos sin duda á permanecer en pié aun cuando los raquíticos edificios de un conquistador más civilizado tuviesen qué reducirse á polvo."

En efecto: allí se veian junto con plazas y jardines, circos y anfiteatros, palacios, juegos de pelota, teatros, hospitales, pirámides y templos ó teócalis imponentes y soberbios, cuyas agujas iban á perderse allá en la region de las nubes.

Welinna que ya tambien estaba en Izamal en busca del perdido objeto de su amor, procuraba asistir en los lugares más públicos y más secretos, solicita siempre por la suerte de Yiban. Con tal motivo presenció la escena que vamos á referir.

Era la hora de la tarde, y en una plaza que se extendia frente al mayor de los templos de la ciudad, en que se hacian los más solemnes sacrificios al dios de la guerra, formóse el ejército de Cocom, y este gran caudillo saliendo con paso grave y mesurado frente á las filas de sus subordinados habló así: "¡Valientes mayas! Habeis dado una prueba brillante de vuestro valor, de vuestro amor patrio y de vuestro fiel respeto por el culto de nuestros dioses poderosos é inmortales. El triunfo no ha sido vuestro,

es verdad; pero os habeis mostrado dignos de él. La superioridad de la disciplina y de las armas enemigas es incuestionablemente la que ha debido triunfar. Por eso es que nosotros sólo nos hemos arrojado á la lid para purificarnos como la plata en el fuego; haciéndonos así dignos de los auxilios de los justos dioses, á quienes ocurrirémos con los sacrificios propiciatorios de los corazones palpitantes de nuestros enemigos: de hoy más la victoria será nuestra."

Dijo, y haciéndose hácia un lado, un capitan salió de las filas con unos hombres que en pos de él llevaban atados á diez prisioneros, de los cuales dos eran blancos, y ocho indios de los aliados de Montejo, entre quienes se contaba Yiban. El capitan dijo: "Hé aquí las víctimas que deben ser sacrificadas sobre las aras del divino Kukulcan." Y así diciendo hizo una humillacion profunda al gran caudillo, teniendo en la mano su penacho de guerrero, cuyas plumas arrastró hasta el suelo, y poniéndose en seguida de cuclillas.

Miéntras esto pasaba, el templo mayor de la ciudad estaba ya abierto (13), la piedra de los sacrificios preparada delante, y los sacerdotes sacrificadores armados con sus cuchillos sagrados de pedernales cortantes. El edificio del templo era en su longitud de más de ochocientos piés, y como de setenta ú ochenta de altura. Subíase al lugar de los sacrificios por una gran escalinata que terminaba como á los cincuenta piés de elevacion, en un átrio que estaba frente á la gran fachada del teocali, en que se veia á los piés de la estátua horrible del supuesto dios, una enorme piedra de figura circular y de superficie convexa, pues estando destinada para ser el ara de los sacrificios, la víctima debia tenderse encima boca arriba, quedando elevado el pecho para que fuese más fácil la operacion del sacrificador, que debia arrancar el corazon entero y vivo, por decirlo así.

En la fila de los prisioneros presentados para ser la hecatombe del solemne sacrificio que iba á celebrarse, era un desgraciado español el primero que á la vista estaba, y á éste le tocó en suerte ser inmolado el primero ante el implacable Kukulcan. Al són de la discordante y ruidosa música de los mitotes y en medio de la grita horrorosa de aquella multitud frenética pasaron desapercibidas las dolientes quejas de la infortunada víctima

que, atados los piés y las manos, abiertos los ojos y desnudo el pecho, bien pronto exhaló el último suspiro, al mismo tiempo que el diestro sacrificador levantaba en alto el corazon palpitante y se enrojecia el pavimento con una lluvia de sangre.

En pos del prisionero español, seguíase un indio aliado, y éste no era otro que Yiban. Welinna, que desde una altura poco distante contemplaba con afliccion indefinible, los horrores de aquella escena, soltó el brazo de su madre en que se apoyaba, y descendiendo con precipitacion iba abriéndose paso por entre la muchedumbre, rasgado el vestido y suelto el cabello. Llegó junto á la escalinata del gran teócali cuando su amante subia el primer escalon sujetos ambos brazos entre los de dos verdugo-sacerdotes. Welinna comenzó á subir, pero es inmediatamente detenida por un guarda que le dice:

—Aquí sólo suben los sacerdotes y las víctimas.

—Pues bien, contestó ella con resolucion, yo soy víctima, voy á morir con mi esposo en las aras del dios de la guerra: esto no me lo impedireis....

Al decir esto cayera sobre las duras piedras de los escalones si la anciana india, su tierna madre, no hubiese llegado á tiempo para sostenerla, pues habíase desmayado en fuerza de su dolor. Mas vuelve pronto del desmayo, y alzando la vista hácia el lugar de los sacrificios, descubre al adorado de su alma sentándose ya sobre el ara fatal. Ibale á faltar de nuevo el sentido, cuando el gran caudillo, que sin duda le habia movido algo el dolor de la jóven doncella, alzando la mano é imponiendo silencio dijo:

—Diez han sido, segun vemos, los prisioneros cogidos y destinados para los sacrificios. Inmolado uno, sólo nos restan nueve: pocas son sin duda estas víctimas si las comparamos con la multitud que acostumbramos ofrecer al divino Kukulcan. Mas puesto que estos pocos prisioneros han sido tomados con harto trabajo en la mayor y más terrible batalla que los hijos de Kukulcan han sostenido contra sus más temibles enemigos, son por lo mismo hóstias mas caras y exquisitas. No se les sacrificará, pues, sino de uno en uno cada año, en justa recordacion de aquel dia memorable de la gran batalla de T-Hó.

Welinna que iba á presenciar la trágica muerte de su amante, viendo caer en un momento aquel rostro varonil y hermoso,

cubierto con la lívida palidez de la muerte, entreabierta la boca, empañados los ojos y arrancado el corazon de su pecho juvenil y ardiente, bien así como la flor del prado que cortada de su tallo cae en tierra marchita y sin aroma; ó como el árbol lozano del bosque que aplicada la segur al tronco, es derribada hasta el suelo su frondosa copa, inclinando y cerrando sus verdes hojas para no volverlas á alzar; sintió de pronto un suave consuelo al oir la disposicion del gran caudillo sobre que las víctimas fuesen sucesivamente sacrificadas en los aniversarios de la gran batalla de T-Hó; porque abrigó al punto esa vaga impresion que suele animar á los mortales áun en los más grandes y desesperados conflictos de la vida: ¡la esperanza!



SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

EL MISIONERO DE LA CRUZ.

NUEVE años despues de los últimos acontecimientos que dejamos referidos, los conquistadores españoles estaban casi completamente posesionados de la Península de Yucatan. Habíanse fundado la ciudad de Mérida y las villas de Salamanca, (San Felipe de Bacalar), Valladolid y San Francisco de Campeche. Habíase organizado el sistema de encomiendas que en cierta manera venia á hacer de cada conquistador un dueño absoluto de cierto número de indios. Los indómitos naturales del país, tuvieron, pues, qué sujetarse de grado ó por fuerza, ó tenian que abandonar el hogar doméstico, é ir á internarse en la espesura de los bosques, donde formando sus rancherías quedaban á cubierto de las persecuciones contínuas.

De este modo los fieros Cocomes, Kupúles y otros capitanes vivian independientes; aguardando la hora oportuna de caer sobre los enemigos de su libertad, sin dejar en tanto de poner todos los óbices que podian al perfecto desarrollo de la conquista.

Pero habia llegado ya la época de un nuevo elemento de victoria, que más fuerte, invencible y certero que el valor y las armas del soldado, hacia una conquista siempre triunfante, y que sin despojar al bárbaro de su libertad y demás derechos de hom-

bre ilustraba su inteligencia, purificaba su corazon y suavizaba sus costumbres: este elemento tan poderoso era el de la predicacion evangélica por el ministerio de los misioneros católicos. Estos conquistadores, muy diferentes de los primeros, sin más espada que su cruz y sin más escudo que el código de su fé, habíanse esparcido en casi todos los ángulos de la Península; y, más afortunados en la contínua victoria de su caridad ardiente que los soldados de Montejo en los brillantes triunfos de sus batallas campales, lograban con la llama de su celo, con la elocuencia de su palabra y con el fecundante riego de su propia sangre, atraerse á los moradores de las selvas é improvisar con ellos poblaciones cristianas; organizando así una sociedad naciente bajo las influencias de la religion civilizadora.

Uno de aquellos campeones de la fé era generalmente conocido con el nombre de Fray Diego, (1) y distinguíase por su acendrado amor del prójimo, cuyo fuego le comunicaba un tezon incansable en los laboriosos cuidados del misionero cristiano. En edad temprana todavía, de figura imponente y simpática, inclinados los ojos, talar el vestido, atada una cuerda al cinto, desnudos los piés y llevando en la mano á guisa de báculo ó de estandarte una alta cruz de madera; hé aquí el conjuntó agradable que constituia, por decirlo así, la interesante persona de Fr. Diego. Así se le veia caminar siempre á pié y en diferentes direcciones; produciendo sus trabajos apostólicos frutos sobreabundantes en la naciente mies, pues su actividad era tal, que ora se veia aquí á Fr. Diego, y bien pronto se dejaba aparecer más léjos: ora se presentaba acá, ora tambien reaparecia allá. Era en fin como un hombre de milagros, siendo uno de sus más notables caractéres, la fecunda fluidez y filológica propiedad con que de su labio puro y elocuente hacia brotar en la maya más castiza y pura, la expresion de sus nobles discursos dirigidos á los indios que iba á buscar para predicarles. Todos le veneraban y con sinceridad le amaban. Parecia entre las tribus indígenas como un sér sobrenatural, era su padre y apóstol, y como siempre llevaba en la mano una alta y esbelta cruz, era de todos conocido bajo el nombre de *El Misionero de la Cruz.*

---

(1) Fray Diego de Landa.

CAPITULO II.

Welinna rechaza al misionero de la Cruz.

En una de sus piadosas peregrinaciones, fatigado y rendido, sorprendióle una vez á Fr. Diego la noche en la soledad de los bosques; y tendiendo su manto bajo la frondosa copa de un árbol, recostóse sobre él, conciliando bien pronto el sueño al blando soplo de las alas del serafin ardiente que acompaña á los misioneros. A poco de haber dormido, la luna esparció su apacible luz como lluvia de resplandeciente plata iluminando la frente del sacerdote, que despertó al punto como quien obedece á un aviso, y postróse á orar. De súbito escucha un grito casi á su lado; alza la vista y percibe no léjos de sí á una jóven india que sobrecogida de terror no acertaba á dar un paso hácia adelante, ni hácia atras.

—No temas, hija mia, dijo el misionero con dulce acento, no temas que yo soy....

—Qué! interrumpió la jóven. ¿No eres tú, señor, el dios de estos bosques cuyos misterios acaso imprudente he venido á turbar? Perdona por piedad á una desgraciada que no encuentra consuelos sobre la tierra. Me llamo Welinna; y Yiban, el hombre con quien me iba á desposar, me ha sido arrebatado para ser víctima sobre las aras del divino Kukulcan. Nueve años ha que ando errante por estos contornos, llamando en mi auxilio á los justos dioses; rogándoles que sean propicios á mi esposo, y apénas he logrado, ¡oh amargo consuelo! apénas he logrado que de las diez víctimas en que Yiban se contaba, el sacrificio de éste se halla retardado hasta el dia fatal de mañana.... ¡mañana, aciago dia del noveno aniversario de la batalla de T-Hó....! Pero ¿serás tú por ventura ¡oh dios clemente de estos bosques! el destinado por misericordia especial del divino Kukulcan y del alto Ah-kin-xoc, para salvar á mi esposo? ¡Oh, sálvalo por piedad, sálvalo!

—Pobre mujer, contestó profundamente conmovido el mi-

sionero, las absurdas ficciones de tus mentidas deidades ofuscan tu razon y empeoran tus aflicciones. En vano has clamado tanto tiempo elevando tus sentidas preces á dioses, que nunca han existido más que en la imaginacion de los ilusos que los forjaron. Tambien te has engañado al creer que encontrabas en mí un dios; pero has de saber, hija mia, que tienes en mí al ministro de un Dios infinito y omnipotente, del único y verdadero Dios. Cree, pues, y tu fé te salvará; pide y recibirás. Confia, y ten por se guro que el Dios verdadero te ha traido aquí para revelarme tus dolencias y curarlas por mi medio. Empecemos porque tú renuncies á tus falsos dioses abrazando la religion verdadera, y concluirémos por que tu esposo vivirá para tí.

Al escuchar Welinna este lenguaje, reconoció al punto en el que habia tomado por un dios, á un ministro del culto de los extranjeros, ministro de aquel Dios por cuya causa habia peleado Yiban, y por cuyo motivo indignados los dioses nacionales le habian destinado á la piedra de los sacrificios. Ella de pronto no le habia reconocido como á tal, porque era aquella la vez primera que veia á un misionero cristiano. Habia visto, es verdad, al padre Hernández, pero clérico secular como era, y capellan de ejército, portaba un vestido que casi en nada diferia del que llevaban los guerreros. Por esto, pues, no podia ménos que haberla sorprendido mucho, y áun tomar por un dios á aquel sacerdote católico, que en la soledad imponente y salvaje del lugar en que se hallaba, en su actitud, en su ropaje talar y en la Cruz con que estaba como íntimamente estrechado, se leian como los caractéres distintivos de un sér sobrenatural. Pero apénas supo la verdad, que echó á correr desolada á lo largo del camino, y como acometida de un vértigo iba gritando:

—¡Derrámese mi sangre con la sangre de mi esposo sobre las aras de nuestros dioses, ántes que admitir los peligrosos favores del Dios de los extranjeros....!

En vano Fr. Diego alzó la voz para llamarla y persuadirla; porque rápida cual cierva montaraz desapareció como una sombra fugitiva en la lóbrega espesura de los bosques.

CAPITULO III.

Welinna se junta á Yiban en la desgracia y sacrificio de éste.

Amanecia el once de junio de 1550, noveno aniversario de la grande y última batalla que desgraciadamente sostuvieron los indios orientales con los conquistadores en el campamento de T-Hó. No olvidará el lector que aquellos diez prisioneros, que los soldados de Cocom llevaron consigo en su derrota, habian sido sentenciados á morir sucesivamente en los aniversarios de aquella infortunada accion; ofreciéndose sus corazones como hostias propiciatorias ante los dioses implacables de aquellas gentes. Habrá comprendido tambien el lector por las palabras de Welinna en su encuentro con el misionero, que Yiban era á quien habia tocado en suerte ser el último que fuese inmolado entre sus compañeros de infortunio. Así, pues, el dia que acabamos de decir que amanecia, era el mismo en que irremisiblemente el desgraciado amante de Welinna debia morir sacrificado, como lo habia sido el primero de sus compañeros en el gran *Cuyo* de Izamal, y como uno por uno habian ido pereciendo los otros, en los diferentes puntos en que las circunstancias de la intranquilidad y de la fuga, permitian que se asentasen las errantes tropas de los Nachí-Cocomes, Kupules y Cochuaxes.

Este dia hallábanse los indios reunidos en gran número en un lugar del territorio de los Kupules, el mismo segun la historia, en que hoy se encuentra el pueblo de Dzitás, y por consiguiente en el que debia celebrarse el solemne sacrificio de Yiban, el último de los prisioneros.

Apénas rápido y fulgente el sol habia asomado sobre el horizonte su hermoso disco, cuando ya los indios iban y venian á un gran circo, que en medio de un bosque se veia frente á la tienda de campaña del gran caudillo. En medio se alzaba una plataforma en que se hallaba la gran estátua de Kukulcan, el dios de la guerra, y delante de ésta la enorme ara de los sacrificios. Más adelante un grueso madero firmemente sembrado en

tierra, y atado contra él un hombre como de cinco ó seis lustros, de gallarda presencia y engalanado con adornos de hermosas flores y matizadas plumas. Aquel hombre era Yiban, era la infortunada víctima que despues de nueve años de la mas dura prision, y despues de nueve veces atormentado con el triste espectáculo del sacrificio de sus compañeros, habíale llegado por último su vez de subir á las aras ensangrentadas de una mentida deidad, á quien ya no adoraba desde sus conferencias con su amigo el capellan de los soldados cristianos.

Ultimo prisionero como era el amante de Welinna, y los indios casi sin esperanza alguna de lograr otros, iban como á cebar en él toda su exquisita crueldad y barbárie, tanto más cuanto que habian comprendido que profesaba la religion de los extranjeros. Por lo mismo, habíase dispuesto que adornada toda la plaza como en un dia de festividad solemne, y constituida la víctima en medio, del modo que llevamos dicho, fuese lentamente atormentada, disparándole de tiempo en tiempo agudas y certeras flechas, hasta que llegado el momento supremo de espirar, fuese violentamente subida á la piedra de los sacrificios, donde abriéndole el pecho con el cuchillo sagrado se le arrancase el corazon, que el sacerdote inmolador ofreceria al supuesto dios; derramando al mismo tiempo en libacion sagrada el torrente de sangre, y rociando con la misma á la estátua y á la muchedumbre agolpada en derredor.

Welinna estaba allí, y al llegar la hora señalada para empezar el tormento, desprendióse como por fuerza de los brazos de su anciana madre, que constantemente la acompañaba, y fué á encadenarse con sus propios brazos en el cuello de la adorada víctima gritando á los verdugos:

—En lugar de una víctima ¡oh señores! tendreis dos; porque yo vengo voluntariamente á ofrecerme en sacrificio á los dioses inmortales....

—Tanto mejor, exclamó aquella bárbara multitud, tendrémos en efecto dos víctimas en lugar de una: nuestros dioses están sedientos de sangre, y esta doncella debe ser un agradable sacrificio.

Una sensacion de la más acerba pena experimentó en aquel momento el desgraciado Yiban; que brotando de sus ojos dos gruesas lágrimas todo conmovido exclamó:

—Por nuestro amor, Welinna mia, no vengas á redoblarme así, en estos instantes, los dolores de tan violento martirio....

—Querido mio, replicó la tierna amante, tu vida es mia y mi vida es tuya, ¿cómo, pues, el sacrificio de tu existencia no lo ha de ser tambien de la mia?.... ¿Crees que sobreviviendo á tu tormento mi vida no seria un tormento mayor que el tuyo....? Tú has ofendido á los dioses abandonando su culto y abrazando el de los extranjeros. Y hé aquí por eso cómo ellos te abandonan y cómo te castigan. Pero yo vengo á unir mi suerte con la tuya, y ojalá que mi sacrificio haga aceptable el que ahora de tí mismo exijen.

—¿Cómo podré yo, dulce amiga mia, replicó el mancebo, soportar la pena de ver correr tu sangre.... verte espirar.... sufriendo un tormento que no ha de tener en el otro mundo el mérito del mio? Pues has de saber, Welinna mia, que el nuevo culto que yo he abrazado, el culto cristiano, no es un culto extranjero para ningun pueblo de la tierra, porque es un dón que el cielo le ha hecho á la tierra toda, es el auxilio de Dios en favor de la humanidad entera. Los falsos dioses no tienen poder alguno sobre nosotros. Y si el verdadero Dios me sujeta á estas pruebas, á estos crueles padecimientos, sus razones tendrá aunque yo no las comprenda, y de todos modos yo adoro sus designios. Sin embargo, yo me aflijo por tí. ¡Oh cómo el cielo se dignára escuchar mis plegarias por tí, concediéndote la gracia de la fé divina que á mí me ha concedido, y en fin, que santificada mi union contigo por el vínculo sacramental del matrimonio cristiano, pudiésemos entónces morir como esposos, ahora ó cuando mejor á Dios plugiese! Mas yá que esto no me es dado, aléjate por Dios de aquí, Welinna, aléjate, aléjate....

—Vida de mi corazon, luz de mis ojos, tu razon se extravía. Déjame, déjame.... ¿Pues acaso no ha de ser un consuelo para nosotros el ver desde aquí extenderse el arco y venir silbando la aguda flecha que á un tiempo ha de atravezar nuestros corazones, quedando para siempre unidos en la region de los espíritus, en el misterioso país de los dioses inmortales? Ay! sí: en una misma flecha quedarán engarzados nuestros corazones, al mismo tiempo que, en tierno ósculo de amor, nuestros postreros alientos se exhalarán como fundidos en uno,

y no pararán su vuelo hasta el trono del dios del amor, del divino Ah-kin-xoc.

Dijo, y una horrorosa grita de la multitud que les rodeaba les dejó como ensordecidos. El siniestro són de los tunkules dejose escuchar á la vez como nunca lúgubre y desapasible, y formóse luego frente á la desdichada pareja la fila de los arqueros martirizadores. El gran caudillo bárbaramente regocijado y placentero, como una bacante que cree disfrutar del alto honor de concurrir á un banquete de los dioses en el Olimpo americano, donde aspira suavísima ambrosía y sorbe en copas de oro y de piedras preciosas delicioso néctar, sale al frente, y levantando su espada de pedernales y dando en alta voz la primera órden, al punto todos con uniforme movimiento sacan de sus aljabas grandes y voladoras flechas, que cada uno cruza con su arco entezado.

Yiban y Welinna, cierran los ojos, y aguardan oir con mortales estremecimientos el silbar de las flechas, que á la segunda órden, hendiendo veloces los aires, vendrian á enclavarse en sus agonizantes pechos.

....

CAPITULO IV.

El misionero de la Cruz salva á los dos amantes á quienes bautiza y une en matrimonio.

Cuando el gran caudillo abría los labios para dar la segunda y última órden, y los guerrero-verdugos alzaban sus arcos para lanzar sobre las víctimas sus mortales tiros; cual súbita aparicion de sobrehumano ser, un hombre de mirada penetrante y austera, rodeada su noble frente de una auréola de resplandor inefable y de vestido largo ropaje azul sujeto con blanquísimo cordon al cinto, se presenta grave, sereno é imperturbable en la escena, levantando su alta Cruz de negra madera, y pronunciando con voz sonora é imponente unas palabras (14), que ininteligibles y profundamente misteriosas para aquella muchedumbre,

déjala toda estupefacta y confundida; no sabiendo como explicarse la naturaleza de aquel personaje, ni el sentido de aquellas palabras, que sin saber por qué secreta virtud, les obligaba á estar quietos, erizados los cabellos y enteramente embargados.

Dirígese el desconocido á la atada víctima, desátala, y subiendo á la plataforma derriba en tierra la estátua de Kukulcan, siembra en su lugar la Cruz que lleva en la mano, y desde aquella altura despliega sus labios y dirige á tan extraño auditorio un discurso en la maya mas expresiva y elocuente; reprobando el uso bárbaro de los sacrificios humanos.

Aquella multitud de infieles.¿por qué no sé agitó con el fuego de sus antiguas pasiones y añadió á las víctimas de sus sacrificios la persona del indefenso misionero que así habia osado sorprenderles? No; porque un influjo celestial les habia subyugado; y Fr. Diego, (que no era otro el personaje súbitamente aparecido), les hizo contenerse, como en otro tiempo aquel Pontífice de Roma, que constituido en las puertas de la ciudad eterna hizo retroceder con sola su palabra la invasion de un ejército de bárbaros. ¡Tanto es así el poderoso influjo de la elocuencia cristiana! La palabra del humilde misionero en aquellos solemnes instantes era como un manantial de agua viva que cayendo de una alta roca en impetuoso torrente arrastra en su curso todos los obstáculos que encuentra.

Los indios que callaban al principio por el inesperado asombro que les causára la repentina presencia de este personaje, que les era absolutamente desconocido, ya callaban por respeto y por recogimiento; siendo tal al fin la silenciosa actitud de todos, que poco á poco y como sin sentirlo, fueron dejando los resortes de su corazon y de su inteligencia, á merced del orador, cuya uncion vehemente heria las fibras mas delicadas con una intensidad tan irresistible y vigorosa, como las ondas del mar cuando mas hirvientes y espumosas vienen con mayor fuerza á estrellarse en la orilla, dejando cada vez mas blancas y puras las arenas.

Y no solo se contentó el misionero con reprobarles los sacrificios humanos, mas demostróles tambien con harto poderosas razones, que estaban en obligacion imprescindible de conocer, amar, temer y servir al solo Dios verdadero, infinito, omnipoten-

te, principio y fin de todas las cosas, premiador de los buenos y castigador de los malos, y cuya justicia airada tronaba amenazante sobre ellos por no haberle reconocido, y por la muerte injusta de aquellos inocentes jóvenes. Díjoles que conociesen que la majestad de aquel Dios único que les anunciaba, le habia enviado á él en aquella ocasion oportuna para que no cometiesen tamaña maldad: declaróles los portentosos secretos de la misericordia divina hácia el hombre; que el Eterno Padre envió á su Unigénito Hijo al mundo hecho hombre, para que nos redimiese, y muriendo, nos alcanzase asi la vida eterna; que solamente el Dios que les predicaba podia dar aquella en el otro mundo como nos ha dado la temporal que ahora tenemos en éste; que sus falsos dioses ni la podian dar ni quitar, porque el ángel de las tinieblas á quien adoraban en aquellas inanimadas estátuas de ídolos, les sugeria que unos á otros se quitasen la vida sacrificándose en su culto, para que mas presto se llevase sus almas á los tenebrosos antros del averno, donde padeciesen en su compañía eternos é indecibles tormentos.—

Cuando la voz irresistible é insinuante del misionero dejó de escucharse, el auditorio que hasta entónces habia estado tan silencioso y suspenso que casi parecia no haber tenido ni movimiento ni respiracion, empezó á agitarse en suave y tranquilo murmullo, como cuando los céfiros rizan blandamente la superficie de un lago cristalino y mecen dulcemente sobre sus verdes tallos las flores de un ameno verjel. Porque todos los entendimientos se sentian firmemente convencidos, los corazones profundamente movidos, y los entendimientos y corazones á un tiempo de leitosamente arrobados al brillo espléndido de aquellas nuevas verdades.

El triunfo, pues, era seguro: la dulce miel de la elocuente persuacion se habia inoculado en los ánimos de los bárbaros de tal suerte, que ellos mismos pidieron con encarecimiento un catequismo mas detenido para abrazar la nueva religion; renunciando desde luego las ficciones de su mitología.

Y Yiban que, desde nueve años antes, estaba con voluntad firme y decidida de recibir sobre su frente las aguas vivificantes del sacramento regenerador, y que con el maravilloso incidente que acababa de ocurrir tan inesperada como favorablemente

para él, debia sentirse aun más que ninguno otro obligado, pues veia escuchadas sus plegarias y sentia arder en su pecho la llama de una fé tanto mas vigorosa cuanto más probada había sido, postróse á los piés de su salvador, y así en esa actitud, á vista de su querida Welinna y de toda aquella muchedumbre que le contemplaba como el blanco principal de una celeste embajada, refirió con patético acento su historia, la misma que ya sabe el lector.

Acabó de hablar, y tomándole de la mano el misionero, le alza del suelo; y dirigiéndose á Welinna, en quien ya habia conocido á la mujer que en la noche anterior se le apareciera en el bosque, la dice:

—Welinna, en el nombre del Dios verdadero, yo te devuelvo á Yiban. ¿Preferirás ahora á los favores del Dios de los cristianos el derramar tu sangre con la sangre de tu prometido esposo, sobre las aras de los falsos dioses?

La jóven india habia caido de rodillas, y cual otra pecadora arrepentida á los piés de Jesucristo, riega con sus lágrimas y enjuga con sus cabellos los piés de Fr. Diego, y llena de profundas emociones exclama:

—¡Yo he maldecido al Dios de los cristianos, y él me paga ahora con grande é inesperada ventura....! Pero ay! si en su adorable justicia quisiera para castigo de mis culpas arrebatarme de nuevo el objeto de mis suspiros; aun así, yo lo juro, siempre procuraria ser fiel en su amor y en su servicio; porque ya le conozco y confieso como único Dios verdadero....

A estas palabras, Yiban lanza un grito como de triunfo, y lleno de indecible alegría, toma entre las suyas las manos de Welinna, y exclama á su vez fijando sus suplicantes miradas en el misionero:

—¡Sacerdote del Altísimo, ministro del Crucificado, en el nombre de ese Dios verdadero que anunciais y cuya fé ya profesamos, bautizadnos.... desposadnos....

El misionero les sonrió y les bendijo.

Pocos dias despues, Yiban y Welinna fueron bautizados y unidos luégo con el vínculo sagrado del matrimonio.

Y citábaseles como modelos de católicos virtuosos, al mismo tiempo que todos admiraban cómo el celo de un misionero, habia formado en breves instantes de un ejército de bárbaros, un pueblo de sumisos adoradores del Dios del cielo y Redentor del mundo.

APENDICE.

NOTAS HISTORICAS.

(1)

AUNQUE tal vez con gran injusticia, es cierto sin embargo que comunmente se tiene por despreciable y bárbaro el idioma maya, y por esto mismo pueden llegar algunos á extrañar que la jóven protagonista de nuestra leyenda lleve el suave y hasta bello nombre de "Welinna." Pero sépase que este nombre eufónico es enteramente yucateco ó maya, pues está compuesto de la frase indígena *U vel in nd*, ó *uotoch*, que en español equivale á decir *el conducto ó camino de mi habitacion ó morada.*

(2)

Cuando los primeros descubridores y conquistadores aportaron á las playas de esta Península, les oyeron á los indios repetir muchas veces la palabra *Castelan* ó *Castilan*, que por entónces no les llamó la atencion, acaso teniendo aquella palabra por indígena, cuyo significado no podian comprender. Pero más adelante, despues de conseguida la libertad de Jerónimo de Aguilar, aquel español cautivo entre los indios de Yucatan, se advirtió que con ella los naturales querian decir "Castilla." Por eso ven nuestros lectores que en el texto usamos de este nombre ó palabra cada vez que se trata de Castilla.—Esta palabra *Castilan*, hasta hoy despues de mas de trescientos años de

haberse comenzado á usar en la lengua maya, la escuchamos y usamos á cada paso un tanto mas alterada, y extendída á significar toda cosa extranjera, como cuando decimos *castran uah' castran than*, por pan ó habla extraña ó castellana, etc.

---

(3)

Segun la tradicion y la historia, *Chilam Balam* fué un sacerdote gentil entre los antiguos indios de Yucatan; añadiendo que fué además muy venerado, que se hizo célebre vaticinando la conquista y la introduccion de una religion nueva, que sería la verdadera y cuya enseña deberia consistir en la cruz. Si bien es cierto que algunos, conespeciosos raciocinios, han querido negar la verdad histórica en este punto, es tambien cierto, que en la historia de casi todos los antiguos pueblos paganos se encuentran bien comprobados á cada paso vaticinios semejantes. Mas sea de ello lo que quiera, lo cierto es, que en la historia de Yucatan se lee, que Tutul Xiu movido de ciertos impulsos de abrazar la fé de los cristianos, se resolvió á entrar con ellos en tratados de amistad y de alianza. Es tambien de advertir, que Chilam Balam era sacerdote de Maní, de donde Tutul Xiu era rey.

---

(4)

Con el nombre de *Cuyo* son generalmente conocidos los cerros monumentales de toda la América, de suerte que esa palabra tiene ya carta de ciudadanía en la lengua española. Toma su orígen del idioma yucateco, de la palabra *ku*, la cual viciosamente pronunciada por los españoles degeneró en *cuy* ó *cuyo*. Tambien la palabra *cenote* con que ahora se enriquece el Diccionario español, ha tomado orígen de la palabra yucateca *dzonoot*, que los europeos pronunciaron *zonote*, y que luégo se fijó en *zenote* ó *cenote*. Todos saben que este nombre significa la cueva ó boca profunda de una peña en que corre el agua, y que constituye una especie de rio subterráneo, verdadero tesoro peculiar del suelo yucateco.

(5)

El homenaje de adoracion que el rey maya llegó á tributar en esta ocasion á la Santa Cruz, fué un suceso que llenó de alegría á los cristianos, no tanto por ser un gran paso en sus planes de conquista, cuanto por haber sido un feliz augurio de la pronta conversion de todos los naturales á la fé católica; pues es demasiado cierto aquello de que *ad exemplum regis totus componitur orbis.* Siendo, pues, este un suceso que debia marcar época en los anales del país, señalaron la fecha de su acontecimiento, que habia sido justamente el 23 de enero (de 1541), dia en que la Iglesia conmemora solemnemente al gran arzobispo de Toledo, San Ildefonso; é hicieron voto de que este Santo seria el Patron de la ciudad de Mérida, que proyectaban fundar en el mismo lugar de T-Hó, en que á la sazon se hallaban acampados, y que debia ser la capital de la nueva provincia hispano-americana. Cuando en el año siguiente de 1542 fundaron los conquistadores la dicha ciudad de Mérida, olvidáronse de su promesa, y erigieron la ciudad é iglesia principal bajo el título y patrocinio de nuestra Señora de la Encarnacion. Pero por una notable coincidencia, cuando más adelante el Sumo Pontífice Pio IV erigió por su bula de 16 de diciembre de 1562 la Diócesis y Catedral de Yucatan, lo hizo con el título de San Ildefonso, que en efecto lleva; cumpliendo así el Papa sin saberlo, el voto que veinte años ántes hicieran los fundadores de esta ciudad.

---

(6)

Con respecto á la celebridad de los edificios que se encontraron en la ciudad de T-Hó (Mérida), no podemos ménos que añadir en la presente edicion, el fragmento que sigue, de la carta del P. Bienvenida, misionero evangélico que vino á Yucatan en el Siglo XVI, y vió por sí mismo, el estado de esta ciudad en aquellos dias. Dicha carta, que fué dirigida en 10 de febrero de 1548 al Rey de España, ha sido recientemente publi-

cada en Madrid, en la importantísima coleccion intitulada "Cartas de Indias."

Hé aquí el fragmento:

"Sabrá V. A. que ha siete años ú ocho que esta tierra de Yucatan se conquistó y ella fué la primera tierra firme que se descubrió en Indias despues de la Española y la postrera que se ha conquistado. Ya há catorce años ó doce, que estuvo poblada de españoles otra vez, y el no haber oro ni plata en esta tierra y la nueva de las riquezas del Perú y la poca posibilidad del gobernador Montejo no la pudieron sustentar. Agora bendito Dios, está poblada y hay en ella tres villas y una ciudad: la una villa tiene veinte vecinos, y llámase la villa de S. Francisco y es puerto de mar, esto es lo más flaco de la tierra. La ciudad está tierra adentro treinta y tres leguas; llámase la ciudad de Mérida: pusiéronle así por los edificios superbos que hay en ella, que en todo lo descubierto de Indias no se han hallado tan superbos: edificios de cantería bien labrados, y grandes las piedras: no hay memoria de quién los hizo; parécenos que se hicieron ántes de la venida de Cristo, porque tan grande estaba el monte encima de ellos como en lo baxo de la tierra: son altos de cinco estados, de piedra seca y encima los edificios, quatro quartos, todo de celdas como de frailes, de veinte piés de luengo y diez de ancho, y todas las portadas de una piedra lo alto de la puerta, y de bóveda: y destos hay en la tierra otros muchos. Esta gente natural no habitaba en ellos, ni hacen casa sino de paja y maderas, haviendo mas aparejos de cal y piedra que en todo lo descubierto. En estos edificios tomamos sitio los frailes para casa de S. Francisco: lo que havia sido cultura de demonios, justo es que sea templo donde se sirva á Dios, y el primero Sacramento que se ha puesto en la tierra, es allí que por nuestros pecados no lo ay en otra parte.". . . .

---

(7)

En la mitología yucateca, *Hkin-Xoc* es el nombre de un antiguo indio, gran cantor y músico célebre, á cuya memoria levantaron una estátua que obtuvo culto como dios del amor y

de la poesía. Hkin-Xoc era tambien venerado bajo el nombre de *Pislimtec*. Era el Apolo de los indios yucatanenses.-Véase nuestra "Historia antigua de Yucatan."

---

(8)

Nachi-Cocom es en la historia yucateca el nombre de una antigua y famosa dinastía, rival eterna y enemiga implacable de la de los Tutul Xiu.

El rey de Maní, Tutul Xiu, se condujo con noble prudencia, procurando terminar con sus enemigos todo pretexto de desunion, inclinándolos amistosamente á celebrar alianza con los españoles, para evitar así el oprobio de sucumbir en la guerra de conquista, que haria de ellos un pueblo de esclavos. Entre otros documentos, véase en el "Registro Yucateco" tom. 2°., pág. 34 un artículo de D. Vicente Calero Quintana que tiene por título "Tutul Xiu y Cocom."

---

(9)

El indio *Kukul-Can*, guerrero famoso, siempre coronado con los laureles del triunfo en los campos de batalla, mereció además, á su muerte, ser elevado al número de los dioses. Así, la apoteosis fué el premio de sus prodigiosas conquistas, y junto con los Genios de la guerra *Kakupacat* (Vista-de-fuego) y *Hchuikak* (Esparcidor-de-fuego) era invocado para todos los acontecimientos bélicos.

Si profundizamos un tanto en el curioso estudio de la mitología yucateca antigua, encontrarémos con respecto á Kukulcan, el Marte maya, ciertas notables relaciones, ó más bien una verdadera identificacion, con el célebre *Quetzalcoalt* de los toltecas y aztecas ó mexicanos; pues siguiendo á Clavijero, y segun Torquemada, el historiador citado por López de Cogolludo, Quetzalcoatl es el mismo Kukulcan de los mayas ó yucatanenses. En efecto, Torquemada citado por Clavijero y Clavijero mismo, quienes sabia nmuy bien el idioma azteca, dicen que,

Quetzalcoatl quiere decir *sierpe armada de crines ó plumas*, que porque *Coatl* significa propiamente sierpe, y *quetzalli* pluma verde. Con estos antecedentes obsérvese atentamente el nombre yucateco del dios *Kukulcan*, y no se ocultará á ninguno que posea la lengua maya, que segun la interpretacion que dan los dos autores del nombre azteca ó tolteca Quetzacoalt, es en un todo el mismo que en lengua yucateca. Kukulcan, pues, literalmente significa este nombre, *sierpe con crines ó plumas;* porque *Kukul* ó *Kuki*, es pluma ó vello, y *can* sierpe, por eso en maya se dice *Xkukican* de la serpiente que engañó á Eva.

Segun algunos historiadores, no recibió Kukulcan los honores de la apoteosis precisamente por haber sido guerrero, pues le dan la condicion de tranquilo y pacífico; sino por haber sido gran político, diestro gobernante, y que como el hombre mas justo y mas distinguido de todo el mundo (el nuevo), por su virtud y sabiduría y por sus grandes y eminentes servicios, mereció que se reuniesen en su persona los supremos poderes del sumo sacerdocio y del imperio entre los toltecas, y por eso en su apoteosis dedicóse á su memoria la altísima pirámide de Cholula, que hoy obtiene entre las antigüedades mexicanas una celebridad nó solo americana sino europea, por las investigaciones arqueológicas de que ha sido y será siempre objeto. Esto en cuanto á la historia de los toltecas. Véase á Clavijero en su "Historia antigua de México" tomo 1 ○., lib. 6 ○.—Por lo que toca á la historia de Yucatan, con respecto al mismo personaje, aparece que vino desde México á ponerse al frente de los nuevos pueblos de Onohualco ó Yucatan, y que fué entre ellos grande y sabio gobernante, que vivió con unas virtudes y la austeridad de un santo, que fundó la hidalga y célebre ciudad de Mayapan, cuyas ruinas vemos en el territorio de la parroquia de Tecoh, y que despues de haber enseñado á su pueblo la lengua, los nombres de las cosas y lugares, la religion, la política y la economía, partió hácia el rumbo mismo del poniente de donde habia venido. Véase la "Historia general" de Herrera, Década IV, lib. X, cap, 2 ○. y véase nuestra "Historia antigua de Yucatan."

Segun el Dr. Sigüenza, citado por Clavijero, y segun el Dr. Mier y otros autores respetables, el Kukulcan yucateco, ó lo que es lo mismo, Quetzalcoatl tolteca, es nada ménos que el San-

to Tomás que segun cierta opinion, vino á predicar el Evangelio en estos países; si bien esto no pasa de una piadosa conjetura.

---

(10)

El asesinato vil cometido por Cocom en los embajadores del rey de Maní, Tutul Xiu, es un suceso tan auténtico y verdadero en la historia, como en sí infame y horroroso. Llegados que fueron los trece embajadores á Sotuta, la corte de los Cocomes, y habiendo manifestado el objeto de su comision ó los planes de su rey, condújoseles con fingida amistad á un banquete con que se les brindó, en un bosque de seculares zapotes, en que se les dijo comunicar la respuesta correspondiente al objeto de su embajada. Pero llegado el momento, la prometida respuesta consistió en precipitarse sobre ellos infames asesinos, que degollaron en un instante á doce; y al último que se llamaba Hkin-Chí, arrancándole los ojos con la punta de una flecha, le enviaron á dar esta respuestaá su rey. Este suceso fué historiado por los cronistas indios de Maní, en una piedra con jeroglíficas en relieve.

---

(11)

El *tunkul* es el instrumento mas notable en la música antigua americana, música escasa de dulces armonías, pero en gran manera imponente y marcial, y muy apropósito para el culto de los crueles dioses de la guerra á quienes era siempre consagrada. En Yucatan todos conocemos el tunkul, pues su uso aun se conserva, si bien es cierto que no se sabe manejar con la misma destreza de los antiguos indios. Clavijero en su "Historia antigua de México" da una explicacion de esta especie de címbalo, llamado *teponastli* por los mexicanos, y el célebre yucateco D. Bartolomé del Granado Baeza, cura que fué de Yaxcabá, en su interesante informe de 1°. de abril de 1813, en contestacion al interrogatorio de treinta y seis preguntas circulado por el Ministerio de ultramar sobre las costumbres de los indios: hace

tambien del tunkul (címbalo) una descripcion ya bien conocida. "Este (tunkul), añade, me parece que es literalmente el instrumento de alas de que hace mencion el Profeta Isaias en el Cap. XVIII que empieza *Vœ terræ cymbalo alarum:* "¡Ay de la tierra que hace resonar las alas de los címbalos que algunos escritores sagrados aplican al descubrimiento y conquista de estas Indias, pero que no han atinado la genuina inteligencia de aquel *cymbalo alarum* por no haber tenido noticia del tunkul ni de su objeto primario," (que era el del culto idolátrico.)

En efecto; nuestro compatriota el Sr. D. Bartolomé del Granado Baeza no carece de fundamento. A los escriturarios les es bien conocido el cúmulo de dificultades y de interpretaciones varias que han dado del capítulo *Vœ cymbalo alarum* los expositores sagrados de Isaias. Y ahora digo yo, que si Calmet hubiese conocido el tunkul índio, se habria ocupado mas de él en sus trabajos hermenéuticos, que no de los címbalos tambien de madera de que habla Maillet, y que se usaban en las Montañas que separan al Egipto del Nilo; porque yo discurro que aquellas palabras del Profeta en el capítulo citado, *á gente.... cujus diripuerunt flumina terram ejus* "un pueblo cuya tierra ha sido robada por los rios" á ninguna otra region de la tierra puede convenirle con más propiedad, que á esta que por tanto tiempo quedó oculta del antiguo mundo, á causa de las aguas que robaron sus antiguas vías de comunicacion. Consúltese la ciencia y véase la "Biblia de Vencé" enriquecida con notas literales, críticas é históricas, prefacios y disertaciones importantes.

En la música antigua yucateca se usaban junto con el tunkul, una especie de cornetas ó pitos formados de caracol marino, unos timbales de madera cilíndrica hueca y cubierta por un extremo con piel de venado, sonajas de varias especies, y la concha de tortuga tocada con astas de ciervo. Véase nuestra "Historia antigua de Yucatan."

---

(12)

El éxito feliz de esta batalla fué el triunfo decisivo de la

conquista; pues ya más adelante no hubo otra que fuese tan terrible ni tan en forma como ésta. Dióse el 11 de junio de 1541, dia de S. Bernabé, á quien por este motivo nombraron Patron tutular de la ciudad de Mérida, para que bajo la proteccion de este Apóstol, justamente llamado *de las naciones gentiles* en union de S. Pablo, los indios de Yucatan abrazasen el cristianismo. El católico cabildo secular de la ciudad de Mérida, tenia en su casa municipal un oratorio en que veneraba la sagrada estátua del Sto. Patron, y en justo cumplimiento de un voto, todos los años le llevaba en cuerpo y bajo mazas el dia 11 de junio en procesion solemne á la Catedral, donde se celebraba una misa en accion de gracias con sermon y numerosa concurrencia. La devocion se fué gradualmente resfriando, hasta que por último, descatolizada oficialmente la nacion en virtud de la Constitucion de 1857, y publicadas las leyes de reforma que de ella han ido emanando, se suprimió la antigua religion del Estado y se prohibieron severamente las prácticas públicas ú oficiales del culto, dejando de cumplir en su consecuencia el Ayuntamiento reformado éste y otros votos de igual naturaleza, á que se obligó en ciertos tiempos de calamidades y de miseria, como el hambre ó la peste, y en que por aquellos justos y piadosos medios, se procuraba justamente aplacar la justicia del cielo.

---

(13)

Consta por la historia, que en Izamal se encontraba en tiempos antiguos el famosísimo templo de *Kab-ul* (Mano obradora), cuyos escombros se ven al poniente de la plaza principal de aquella ciudad entre los patios de las casas. Este templo era tan célebre, y el dios que en él se adoraba era de tal prestigio, que habian cuatro admirables calzadas hácia los cuatro puntos cardinales, por donde en romería venian hasta sus umbrales innumerables gentes de toda la Península y aún de Guatemala, Chiapas, Tabasco é islas adyacentes. Algunos fragmentos de estas calzadas se ven todavía cerca de Izamal y en otros puntos. Tambien existian entre los muros de Izamal, cual en una ciudad

santa de los antiguos mayas, otros muchos templos verdaderamente grandiosos por su arquitectura, entre los cuales eran no ménos famosos que el primero, los de *Itzamatul*, sobre cuyas ruinas está fundada la parroquia actual de la ciudad y todo su elevado pórtico, junto con el antiguo monasterio de franciscanos; y el de *Kínich-Kakmó*, cuyos magníficos restos forman hoy la tan famosa pirámide, monumento el mas prodigioso que se conservará por todos los siglos, de los primeros moradores de Yucatan. Esta pirámide es vulgarmente conocida con el nombre de *el cerro grande*. Al ilustre viajero Mr. Stephens le hizo en Izamal tal impresion la vista de estas estupendas obras de los antiguos indios yucatecos, que no puede ménos que hablar de ellas en la historia de sus viajes con un verdadero entusiasmo sin ser exajerado en nada. Son tomadas de su obra *Incidents of travel in Yucatan* traducida por D. Justo Sierra, las palabras que en el texto reproducimos al hablar de Izamal.—Véase la "Historia de Yucatan," por Cogolludo, lib. 4 ○., cap. 8.; y el "Viaje á Yucatan," de Mr. John L. Stephens, tom. 2 ○., cap. 23.

---

(14)

Ecce Crucem Dómini, fúgite partes adversæ: "Hé aquí la Cruz del Señor, alejaos de su presencia, retiraos avergonzadas potestades del mal." Tales eran las palabras con que el célebre misionero Fr. Diego de Landa se presentaba entre las tribus salvajes, sorprendiéndolas á veces en medio de la pompa bárbara de sus sacrificios idolátricos. Que en el lugar que ahora se conoce con el nombre de Dzitas se haya presentado con su Cruz y sus misteriosas é influyentes palabras, salvando como por una especie de milagro á un jóven indio que estaba ya atado para el sacrificio, es uu hecho auténtico que exornado constituye el fondo histórico de nuestra Leyenda. Véase la "Historia de Yucatan" por López de Cogolludo, tom 1. ○, lib. 5 ○., cap. 14.—Fr. Diego de Landa es célebre en nuestra historia, si bien es cierto que su fama pura é intachable como misionero, ha merecido como provincial y como obispo, que mas adelante llegó á

ser, calificaciones injustas y siniestras por parte de sus censores.
El Sr. Dr. D. Jerónimo Castillo en las "Efemérides hispano-mexicanas" del "Repertorio Pintoresco" pág. 344 dice así: "Muere en Mérida (29 de abril de 1573) el segundo obispo que gobernó la diócesis de Yucatan, D. Fr. Diego de Landa. Como éste fué uno de los más célebres personajes de la historia antigua del país, recomendamos mucho la lectura de su biografía, la cual puede verse en el tom. 1°. del "Registro Yucateco" pág. 72, y en "La Guirnalda" pág. 66. A esta última se acompaña un retrato litográfico de aquel prelado."

FIN DE LAS NOTAS.